

## Soy negro y qué<sup>1</sup>

Luis Rafael Sánchez

### UNO

Tres palabras agónicas constituyen el epitafio que aguarda por su inscripción en la tumba de George Floyd, el ciudadano norteamericano de la raza negra, asesinado por Derek Chauvin, policía de Minneapolis. Son tres palabras desde hace tiempo integradas al capítulo deshonroso de la historia de los Estados Unidos de Norteamérica. Son tres palabras que compendian la saga nada poética de la raza negra en un mundo donde el supremacismo blanco se impone como doctrina retorcida y siniestra convicción política. Incluso como contra ética que defiende un colectivo numeroso, empeñado en desestabilizar el curso honrado de las vidas negras. Desestabilizar su derecho a agenciarse una vida sin mayores estrecheces. Incluso desestabilizar el derecho a reivindicar la humanidad plena que se concreta en sus personas y en sus sueños.

Porque, más allá del homicidio caprichoso suscitándolas, dichas palabras notifican la perpetuación del salvajismo racial en los Estados Unidos de Norteamérica. *No puedo respirar* fue la queja, o la protesta, que emitió George Floyd mientras el oficial de *la ley y del orden* Derek Chauvin le colocaba su rodilla sobre el cuello, impidiéndole el movimiento, la respiración, la vida al fin y al cabo. Una queja, o una protesta, condensada en tres palabras balbuceadas en la antesala de una muerte, solo calificable por la palabra *atrocidad*.

### DOS

---

<sup>1</sup> Renuevo el agradecimiento a Luis Rafael Sánchez por autorizar la reproducción de esta columna publicada en *El Nuevo Día* (Guaynabo, Puerto Rico) el 2 de mayo de 2021.

De continuo retomo tan ominosas palabras, resonantes en tanto que acabadas de pronunciar. Las mismas vuelven a colocar, en primer plano, una realidad capaz de degenerar la fórmula de nación indivisa sobre la que se erigen los Estados Unidos de Norteamérica. Y es la tal realidad que el desdén allí institucionalizado contra la raza negra ni cesa ni recesa, ni afloja ni amaina.

El desdén reactiva una lógica del mal que legitimaron los tiempos cuando la ley amparaba la esclavitud. En virtud de tan grotesco estamento legal, el amo blanco podía reducir a bestia su propiedad negra, podía atrofiar el potencial de su inteligencia, podía frenar la mínima expresión de individualidad.

Por ello, la súplica de compasión que late en las palabras finales de George Floyd, adquiere una repentina eternidad. Porque el desdén institucionalizado contra la raza negra habrá obligado a millares de negros, a lo largo de los siglos, a suplicar compasión cuando ya no pueden respirar a causa de un impedimento que trasciende su voluntad. El impedimento puede desembocar en el abrazo de unos enunciados desalentadores que repiten millares de negros, por el estilo de *Así no sé vivir, Así no quiero vivir, Así no puedo vivir*.

Me pregunto, con el alma desolada, adónde pueden llevar el *no saber vivir* y el *no querer vivir* y el *no poder vivir*. Peor, a cuáles tomas de decisiones empujan, cuántas conclusiones precipitadas autorizan. Me pregunto, además, de cuánta inteligencia pueden llegar a privarnos los tales enunciados, cuánto talento provechoso a las ciencias, a las artes, a los deportes desencaminan. Sobre todo, cuánta voluntad de trabajar y de crear se desperdicia cuando nos rinden las circunstancias que preceden el *Así no sé vivir, Así no quiero vivir, Así no puedo vivir*.

**TRES**

Sobra decir que el adverbio *así* condena el desdén institucionalizado contra la raza negra. Pero, no logra impedirlo. A diferencia del aborrecible virus Covid 19, contra el que se batalla promisoriamente en cada esquina de nuestro planeta, el aborrecible virus de la negrofobia parece imbatible. Y sus variantes incontables desbordan la mera posibilidad de rastreo. Aún la gente respetable no consigue sustraerse al deleite calladito de sacar las uñas en tratándose del repugnante prejuicio racial.

Entonces, en función del deleite calladito, el prejuicio racial va a dar a la caricatura burlona. Entonces, el *retrato* de la gente negra se concentra en señalar dizque la mengua sistemática de su inteligencia y la crítica a sus modos y modales. Entonces, si estos negros son impresentables por faltos de roce social, aquellos otros son impresentables por falta de una escolaridad razonable. Entonces, si estos negros son impresentables por *presentaos*, aquellos otros son impresentables por *greñús*, por *narizones*, por *bembones*. ¡Hay burlas que desasosiegan! ¡Hay risas que propician la tristeza!

## CUATRO

A punto de terminar agradezco una lección al desafío que sirve de título a este artículo. Lo extraigo de una imagen entrevista durante una manifestación del grupo *Las Vidas Negras Cuentan*. Un hombre de algunos treinta años lleva de la mano un niño de seis o siete años, su hijo supongo. Ambos lucen mahón y camiseta. En ambas camisetas se imprimió el desafío aludido: *I am black and so what*. Que en español significa *Soy negro y qué*. En una época cuando se recrudece la matanza de negros a manos de *la ley y el orden* resulta imprescindible tirar la raya y afirmar dónde se está parado. ¡Bravo!